

**Relatos escritos por Gonzalo Rodas Sarmiento,  
pertenecientes al libro "Unos sucesos ocultos".**

### **Hombre de ninguna parte**

La de cosas que diré cuando pueda hablar nuevamente. En esa noche negra les dije de todo, hasta que uno de los proyectiles me impidió sacar las palabras. Mis insultos se quedaron flotando en el fondo de la quebrada, y no me los contestó sino mi propio eco.

En el trayecto, en la espera, en la ejecución, y también antes, cuando me llevaban esposado a la cárcel de Tocopilla, yo, iluso, creía que se trataba de una equivocación y que todo iba a arreglarse. Es que no tenían de qué acusarme, y por más que buscaba en las capas geológicas de mi conciencia, no descubrí siquiera un atisbo de motivo. Para entonces, ya me consideraba un hombre hecho y derecho, a mis veinticinco años. Pero, ahora que miro desde aquí, lo veo todo tan distinto. Si yo era apenas un niño que recién se empinaba.

-Ciudadano Segundo Flores -llamó el guardia. Sentí que me decía "ciudadano de segunda clase". Y eso es lo que estaba siendo. De malas ganas acudí al llamado, sin imaginarme lo que vendría.

Solamente el padre José me llamaba por mi nombre, Norton. Era el capellán de la prisión y trataba de inculcarme una resignación que jamás podrá entrar en mí. Me decía que me arrepintiera de mis pecados. No logré comprender esa manera suya de darnos ánimo.

Cuando de niño jugaba con soldaditos de plomo, no imaginé que podían pasar cosas como éstas, y que con el plomo de los soldados me mandarían al otro mundo.

Algún día despertaré de este largo sueño, bañado en sudor, aunque no todo en él ha sido pesadilla. También estoy soñando cosas bellas, al mirar desde una perspectiva diferente. Veo que todo lo que yo había venido a hacer a esta tierra, alguien lo está haciendo por mí, generosamente, a cambio de nada.

Y pensar que mi vida fue derramada para lograr el detestable objetivo del tirano, de someter a su propia gente, llenándola de miedo, y endurecer a los que estaban siendo demasiado humanos.

Vuelvo a la encrucijada. A ese instante que fue un final y un principio, en que mi vida se vio obligada a tomar el camino más lejano. Vuelvo a ese momento oscuro de luna menguante y ráfagas cobardes. Y me pregunto cómo sería todo hoy si el resultado del sorteo hubiera sido otro y yo no hubiera sido de esa partida. Habría sobrevivido a la masacre, y después de años de encierro y sufrimiento habría podido salir a la calle. No a mis amadas calles de Antofagasta o María Elena, sino a las calles de Europa, hablando en lenguaje extraño y criando hijos extranjeros. Hoy estaría de vuelta tratando de reconocer mi lugar, que ya no estaría en ninguna parte. No parece mucho

lo que me estoy perdiendo. Pero, es mucho más que eso. Es el contacto corporal. Me han privado de tantos abrazos y besos, que yo habría tenido. Los han postergado para otra ocasión, de un futuro que no conozco.

Al clamar justicia no estoy pidiendo volver a la vida, sino volver al prestigio, que me gané limpiamente, trabajando por el bienestar de los mineros. Sí. Aun puedo recuperar mi dignidad, pisoteada en la quebrada, esa noche, cuando el viento era el único alivio para el frío que sentí al bajar del vehículo, después de un camino interminable, donde alcancé a repasar mi vida entera, y vislumbré que ésta sería mi última noche despierto. Todas las noches que vinieron después y las que aun no han pasado, me las gastaré intentando gritar sin que la voz pueda salirme.

Ya me puedo expresar de alguna manera. Escuchen lo que dice el viento de la pampa y lo que grita el abrumador silencio de las noches sin luna. Es ahí donde puedo inscribir mi testimonio. La de cosas que diré cuando pueda hablar nuevamente.

## **La Micro veintiuno**

Se demoró en pasar la veintiuno, la de la buena suerte. Ahora la tomo varias veces al día, yendo de un centro a otro, por todo Valparaíso y Viña. Es algo que ocurre desde que me quedé sin trabajo, hace diez meses.

-A ti no más se te ocurre votar por Allende -me sacó en cara una vez mi esposa, airada.

-A muchos más se les ocurrió -le respondí.

-Me refiero a gente de la familia.

Cierto, soy la única oveja grisácea de una familia convencional. No tengo remedio. Desde que me despidieron le estoy sacando punta al curriculum, y lo llevo en mi maletín, en varios ejemplares, además de fotos pequeñas, una corchetera, una perforadora, sobres chicos y grandes; toda una oficina ambulante, incluyendo lápices, hojas en blanco, escuadra, carpetas, cartas, talonario de boletas, goma, papel milimetrado y la regla de cálculo. Todo lo que necesita un ingeniero no establecido, excepto la mesa, que las hay por montones en los cafés.

Mi vecino de asiento, un hombre de contextura gruesa y bigotes, trataba de conversarme, pero yo no estaba de ánimo, y me dediqué a mirar por la ventana. Un muchacho joven venía hacia la micro, como un desafortunado. Nunca vi a alguien correr tan rápido. Cuando pasábamos por Alvarez con Ecuador logró subir sobrecorriendo, y le dijo al chofer:

-Vámonos por favor, rápido.

Dos perseguidores venían por la misma calle, uno de civil, cabello corto, y un suboficial de la Armada. Cuando casi lograban alcanzar la micro, se levantó el tipo que estaba a mi lado, sacó un revólver y obligó al chofer a detenerse. Mala suerte. Lo que menos se me habría ocurrido, que un desgraciado como ése perteneciera a eso que llaman "Inteligencia".

El fugitivo no se entregaba, aunque no tenía escapatoria. Dos balazos le dispararon cuando sus perseguidores lograron subir. Uno se le incrustó en el

abdomen, y lo hizo botar mucha sangre. Sin embargo, trataba de mantenerse en pie, afirmado del fierro.

El suboficial nos hizo bajar a todos. Se veía tan irritado que temí que nos diera un balazo a cada uno. Todos descendieron rápidamente por la puerta de atrás y desaparecieron. Yo me quedé para el final. No me resignaba a permanecer pasivo ante semejante escena. Tampoco me atrevía a enfrentar a tres hombres armados. Antes de bajar alcancé a escuchar el grito del detenido:

-Me llamo Alberto Salazar Aguilera. Avisen a mis papás en Talcahuano.

Se me quedó grabado su nombre hasta el día de hoy. Esa noche después de meterme a la cama, me vi de nuevo dentro de la micro. Esta vez, los asientos tenían rejas. Quise pegarle al tipo que iba a mi lado mostrándome su cara de fiera, pero mi brazo no me respondía. Por el pasillo de la micro pasaban hombres sangrando desde los puñales que tenían enterrados por el cuerpo. Todos decían "Me llamo Alberto Salazar Aguilera". Desperté gritando. Le tuve que contar todo a mi mujer, que se asustó mucho, talvez demasiado. Más tarde, cuando me vio una lista de números que extraje de la guía de Concepción en la oficina telefónica, me dijo golpeadamente :

-No te sigas metiendo en líos -desde que me mantiene, se siente con derecho a invadir mis decisiones y a decirme qué hacer. Y yo cada vez más, me siento un desperdicio de la sociedad, angustiado con cada puerta que se cierra. Igual, tomé el teléfono.

-Un llamado a Talcahuano.

Con cada una de las llamadas, ella se ponía más tensa. Y yo intentaba calmarla con explicaciones, mientras trataba de comunicarme.

-¿La señora Aguilera de Salazar?

-Equivocado.

Hasta que una respuesta fue diferente:

-Con ella.

No supe cómo se lo dije. De la manera más atinada que pude. La que se echó a llorar fue mi mujer. Yo también estaba muy nervioso, pero no hallaba cómo reaccionar. No es fácil estar con los encarcelados si no es dentro de una prisión. Por lo menos, puedo estar con los que esperan sin saber qué, porque yo también espero lo mismo.